

A pesar de eso, no creo que mi traza ciudadana, comparada con la de aquellos muchachos rancheros que vestían calzonera y cotona, haya influido en lo más mínimo para la decisión del jurado, que determinó coronarme por mi ciencia. Sabía la *cuarterola* y el *ocho y tercio*, conocía á las mil maravillas la gramática del rancio Quiroz, tenía en las puntas de los dedos el Ripalda y me bebía el Catón censorino ó sonsonino, como le llamaba no sé si la malicia ó la ignorancia de los chicos.

La escuela estaba hecha un palacio. Los ordinarios manchones de tinta de las paredes habían desaparecido; los encerados se habían pintado de negro; la alacena en que se guardaba la tiza se había ocultado por una cortina; todo estaba nuevo y radiante: hasta el maestro había introducido un poco de orden en la selva virgen de su barba y lucía una chaqueta nueva de paño veintiocheno que le daba muy buen ver.

Cuando llegaron el señor Cura, don Crescencio Torres Lares, presidente del Ayuntamiento, y don Juan de Olmos, *maestro* de la otra escuela, todos nos pusimos en pie y no volvimos á colocarnos en las bancas de madera en que habíamos estado acomodados, hasta que aquellos señores, desde lo alto de la plataforma alfombrada y arrellanados en los sitiales de cuero que en la parroquia se usaban en las grandes ceremonias, nos hicieron señal de que podíamos volver á sentarnos.